



SALAM ALEKUM

Momento "MOROCCOtudo" (2ª parte)

Continuando con el capítulo anterior, con la multiculturalidad de los usuarios en las bibliotecas públicas y con las aficiones, válvulas de escape, modus vivendi y reinención de nuestra autora, nos encontramos ahora ante una situación, mezcla de sueño y realidad... fantasía, azar, brujería... Pero, sea como fuere, verdad o ficción, siempre con la omnipresencia de los usuarios. Hay momentos en los que en la biblioteca puede entrar cierto sopor que a veces es difícil controlar. Cuando llega esta situación, hay que ganarle el pulso a Morfeo aunque, a veces, es imposible y es cuando comenzamos a soñar, a imaginar que bailamos o somos protagonistas de algún espectáculo pero, ¿los usuarios de la biblioteca dejarían de estar presentes en nuestra mente, aun soñando?.

... ¡Aaaaayns, qué felicidad! La *shisha*, o no sé si la *cookie* a las finas hierbas, o la combinación de ambas, me ha sentado mejor que mezclar un *Amiplín* y un *Queledén*. Y si no fuera porque todos sabemos que se trata de una simple, aunque moruna, galleta, y de un par de *caladitas*, parecería que me hubiera *chutado María* en vena. Me siento *levitar*, como subida en una alfombra mágica y sobrevolando, surcando un cielo azul inundado de suaves y esponjosas nubes blancas. ¡Uf, la hora ésta mira que es traicionera! Pero voy a ganarle el pulso a *Morfeo*. No voy a permitirme caer en su onírico mundo. ¡En peores plazas he lidiado! Así me maten, mantendré el ojo abierto (el otro ya está pegado). Y no por la vergüenza de que mis usuarios me encuentren en tan costumbrista escena, a falta de pijama, orinal y Padre Nuestro, sino porque seguro que más de uno se aprovecharía de esta “bestia” durmiente (cuando me arranco soy un oso hibernando). Y, como en el cuento, yo cual reina mora y ellos cual príncipes, venga besitos para ver quién me despierta. ¡Quita, quita! Que aquí, con tanta idiosincrasia y multiculturalidad, y con eso de llevar por bandera lo de la república independiente de su casa, cada cual tiene una costumbre diferente: que si dos vulgares o correctos besos (mejilla contra mejilla), que si dos babesos (labios contra mejillas, resultado igual a babas), que si uno casto en la frente (cual sello vacuno), que si le beso la mano, señora (también babeso, sin amagar, como se debería), por no hablar ya del que viene *escorándose* tímidamente hacia la comisura de los labios, o aquel otro que llega de frente, y con la directa, dispuesto a arrancarte las amígdalas y obligándote a ti a hacer la cobra (así tengo yo las cervicales). Me entran sudores fríos sólo de pensarlo. ¡Ay, Dios, qué sopor!... (duerme, duerme plácidamente, querida; deja que *Morfeo* te acune y salga el oso que llevas dentro)... Gggggggrrrrrrr...

Ha llegado el día de mi reentré. Mi minuto de gloria. Mi momento *Morocco*. Yo en el epicentro del foro, arriba del escenario, de protagonista absoluta, con mi traje de luces, esperando a que suene la música y comience el espectáculo. ¡Ay, he pasado de venirme arriba a venirme abajo! Me siento cual convidado de piedra. ¡Tranquilízate, Súper, es el miedo escénico! Hace tanto que no bailo que ya hasta se me había olvidado esta sensación. Parece que el aire, incluso, no me llega al pecho... no sé si por los nervios o porque el top me queda algo pequeño. Oigo, como muy lejos, que alguien grita: “¡Súpeeer!” (¡Ya está, algún usuario que me ha reconocido!). ¡Um! Miro por el rabillo del ojo y observo que en primera fila están mis fans, todos abuelos y desdentados. ¡Y todos usuarios de la biblioteca! No hay un solo continente que no quede representado.

Aquí, menos lugareños, hay gente de todas las nacionalidades. Además, todos llevan un documento de la biblioteca en la mano. ¡Qué absurdo! ¿Será que, si no gusta la actuación, en vez de tomates arrojan libros? (... ahora se las dan de intelectuales). ¡Dios, qué desgracia la mía! Pues

va a ser verdad que con el “*eau*” embriagador de *Mary Kay* me han seguido hasta aquí, como las ratas a *Hamelín* con su flauta, y me van a lapidar. Y lo que es peor ¡van a descubrir que tengo *celulitis*!

En esto que suena la música y oigo: “¡*Tumbala!*”. ¡Lo sabía, me van a tumbar a librazos hasta dejarme KO! Pero yo, a palabras necias, oídos sordos. ¡Que se note que soy una profesional!

Me siento levitar, como subida en una alfombra mágica y sobrevolando, surcando un cielo azul inundado de suaves y esponjosas nubes blancas.



Estoy con los brazos por encima de mi cabeza y las manos unidas, por la coreografía y porque estoy rezando y diciendo como la Faraona “;Si me queréis, irse!”. Vaya, presiento que son de los de “;No nos moverán! ;Cómo les va el morbo de ver a la bibliotecaria fuera de su hábitat natural!”). Ya no hay marcha atrás, que sea lo que Dios (o Alá, para ser más exactos) quiera.

Contoneo mis caderas haciendo ochos. Ahora mi abdomen marca un camellito, es decir, mi estómago sube y baja cual ascensor. Shimmy para aquí y shimmy para allá, o sea, mis caderas se mueven y mis nalgas vibran cual lavadora en programa de centrifugado. Seguidamente abro los brazos en cruz y dejo que vibre la parte superior de mi tronco. La letra del estribillo habla de una cobra que sube y baja, que está nerviosa, y que te va a picar. Y, justo en ese preciso momento, como si formara parte de una estudiada coreografía, mi top, en plena vibración, se abre en canal, volando las monedas y abalorios por los aires, y yo me quedo con dos palmos de narices y mis dos mellizas (ya quisiera yo que fueran gemelas) campando a sus anchas, para asombro de propios y extraños. Oigo al público gritar, todos al unísono, no sé si ;haaala!, dada la sorpresa, o ;Alá!, para que la exclamación sea acorde a lo oriental. Y mientras, la música con que si la cobra sube, la cobra baja, la cobra por aquí, la cobra por allá... mi danza de la panza y esas dos poderosas razones desbocadas. ;Dios, qué bochorno! Vuelvo a escuchar, ahora más fuerte “;Súpeeeeeer!”

(desde luego, el espectáculo ha debido superar las expectativas). Continúo bailando sin perder la compostura. En esto que veo, entre tinieblas, que un caballero se desploma contra el suelo (¡lo que me faltaba!).

Y no por la vergüenza de que mis usuarios me encuentren en tan costumbrista escena, a falta de pijama, orinal y Padre Nuestro, sino porque seguro que más de uno se aprovecharía de esta “bestia” durmiente (cuando me arranco soy un oso hibernando).

Seguro que le ha dado una subida de tensión. ;Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa! O vete a darle si no se está haciendo la víctima para salirse con la suya, que éste es de los babosos escoradillos, con los que tengo que practicar la cobra. Ya le veo venir, se los va a cobrar (cobrar, cobra... todo en caja) al contado, va a obligarme a hacerle una ma-





niobra de reanimación, el boca a boca, y en ese preciso instante, cuando no tenga escapatoria, va a meterme la lengua hasta el gaznate. ¡Cuánto depravado! ¡Perdóname, Dios mío, no volveré a negarle ningún beso! Mejor en la mejilla que caer en ese pozo negro. Último estribillo de la canción: parece que la cobra sigue nerviosa y amenazante, dispuesta a picar. Y de nuevo: “¡Súuupeeeer!”.

¡Ay, madre! El hombre va a agonizar entre mis brazos. Venga, cojo aire, cierro los ojos, abro la boca y justo en el momento solidario “Todo por la Patria” (todo por mis usuarios), siento una quemazón en el rostro (ojalá me haya picado la cobra para morir en servicio y olvidar este trago). E inmediatamente después, escucho una sonora bofetada que me cruza la cara (¿Será posible? ¡Ahora va el abuelo y se hace el estrecho!). Voy tomando consciencia. Constató que no es la primera galleta que me ha caído (amén de la moruna). La cara me quema, ahora, en forma de aspa. También constató que el usuario no es tal sino mi compañero de trabajo. Desconcertada, con la mandíbula colgando, pero sin perder mi carácter ni mi saber estar, le pregunto: “¿Qué leches ha pasado?”. Comienza a contarme no sé qué milonga de que he debido desayunar un sol y sombra y medio y que me ha debido caer mal al estómago, con convulsiones, vómitos y demás efectos secundarios. “Ya –le digo yo– ¿y lo del pico qué?”. “¿Qué pico?” –dice el pobre–. “Bueno, sí, aquí todo el mundo le ha dado al pico y al chismorreó (“¿Al chismorreó, no?” –recalco yo–). “Sí, el Chu Lín, que cada día es más chulo, con que Señola Súpel, lollito plimavela.

Que no sé si es que se refería a que tenías alergia a la primavera o es que te habías atragantado con un rollito de esos que mojas en el sol y sombra. El Mihael Marichuk gritando: Yo saberrr qué pasa: Señorra Súperrrrronca. Señorra Súperrr estarr do-rrrmida. El Mestafa invocando a Alá y empeñado en llamarte Marijuana. Y Julio Alberto Rodríguez y todo el Caribe en pleno, sin resolver y diciendo

¡Um! Miro por el rabillo del ojo y observo que en primera fila están mis fans, todos abuelos y desdentados. ¡Y todos usuarios de la biblioteca! No hay un solo continente que no quede representado.

Me’stoy estresssaando. “¿Y tú?”-le digo con voz de pocos amigos. “Yo no he dicho nada, te lo prometo. Sólo le he dado un par de caladitas a la shisha del Mestafa, para tranquilizarme, y me he tomado dos galletitas para que no me cayera mal con el estómago vacío. Luego ya te he dado unas cachetadas en el pompi, te he roto la camisa para que respiraras mejor y te he cruzado la cara para que despertaras”. “¡Ya! Y en vista de que nada funcionaba, y sabiendo que no podía hacer la cobra, ¿me has hecho el boca a boca, verdad?”. Antes de que pronunciara palabra, ya se la he devuelto yo, calentita, y en forma de aspa también. A lo que va, con cara de bobo, y me pregunta: “¿Y eso, por qué?”. “¡Por si acaso! –le digo, contundente–. ¡Ah! Y ahora bájate al depósito con Mestafa y le enseñas a pronunciar correctamente Marihuana.

Y ya, de paso, duermes allí la mona o mueres en servicio o que te asista el Mestafa en el momento Morocotudo o Morrocotudo, según veas (si es que ves). Pero, conmigo, ¡no cuentes! ▴